

La Torre de Babel

y el problema de la comunicación

Carmen Naranjo

Jerusalén, diciembre de 1973.

La historia bíblica sobre la torre de Babel es muy simple. Se advierte al inicio que era toda la tierra, en aquella época, de una sola lengua y de unas mismas palabras. Es decir, sólo un idioma se hablaba, idioma entendido por todos, y en este idioma correspondía la palabra a una expresión simbolizante, previamente entendida. Además, el poder de la comunicación era asombroso, alguien proponía y los otros aceptaban la tarea. La uniformidad de la lengua llegó a identificaciones y a identidades tan absolutas, concretas y claras, que después de la Torre de Babel nunca más se alcanzaría un grado tan perfecto en el coloquio familiar, en el discurso público, en la traducción de otro idioma, en el descifrar significados, en el traslado de mensajes, en la misma prédica de las intenciones.

Se abrió desde ese momento la complicación de las interpretaciones. Sólo el monólogo es claro al monologante. El diálogo ha quedado siempre matizado por el "yo quise decir", por la pregunta para determinar si ha sido entendido, por la carga emocional de los gestos, por la inspección constante sobre el que recibe las palabras, por la preocupación de ser entendido, aún hablando en una misma lengua.

Dice la historia que los hombres movían sus campamentos hacia el oriente, cuando hallaron una llanura en tierra de Sinar y allí se establecieron. Entonces, dijeron uno al otro que hicieran los ladrillos y todos se dispusieron a prepararlos. Después, esa misma voluntad colectiva habló de edificar una ciudad y una torre, cuya cúspide fuera tan alta que llegara a los cielos. Pensaron en ponerle un nombre, para no volver a ser dispersados sobre la faz de la tierra.

No hay un caudillo en la historia, no hay un líder, no hay un personaje individual, es el pueblo entero que tiene un lenguaje común de acción. El poder del entendimiento que desafía las alturas de Dios.

LA ALTURA

Construir una ciudad y en la ciudad una torre, es un propósito cumplido en casi todas las ciudades del mundo. El hombre admira las construcciones altas, especialmente si son espigadas y altivas como las torres. La arquitectura suaviza los bloques de fortalezas, catedrales, edificios, con la irrupción de la torre que no sólo contrasta con gracia de aguja la solidez de la masa, si no que permite elevar balcones de miradas sobre lo que se extiende abajo. El buscado predominio de altura de todas las civilizaciones y de todos los humanos. Ver desde arriba es comprender mejor, es tener vista panorámica, es proyectar la mirada hacia el horizonte, es hacer paisaje horizontal la grandeza y la miseria humana. La vista de la torre tiene sus peligros: el horrible peligro de perder el compás de la vida diaria, el olvidar el contenido humano que se debate en la llanura, el sacrificar por la perspectiva el conflicto que yace en la esquina, el desdeñar la actitud de pies en el suelo que requiere el pasaje cotidiano, y contemplar demasiado cerca la visión celestial, el cieo, las nubes, las extrañas corrientes del viento, el misterio de los astros, la compleja obra de Dios y el pretender subir sin escalar, estar en lo alto sin mérito, permanecieron contemplativo en la obra ajena.

La torre que se propusieron construir los hombres no era decorativa, ni un simple mirador. Tenía un propósito más ambicioso, buscaba alcanzar el cielo. El planteamiento parece infantil, porque una torre de ese tipo es de antemano una imposibilidad de estructuras, un atentado a la ley de gravedad (conocida desde siempre y teorizada después), una tarea vana que acaba inconclusa o se viene abajo como las torres de baraja.

Dios vio la obra, sabía por supuesto su imposibilidad y entonces decidió castigar la intención, no aquel loco esfuerzo de levantar ladrillos. Dijo: "Vamos, descendamos, y confundamos allí mismo su lengua, de manera que no entienda uno el habla del otro! "Y así, simplemente, dispersó a los hombres sobre la faz de toda la tierra y se cesó de construir la ciudad y la torre.

BABEL

Dice la Biblia que al lugar se le dio el nombre de Babel, porque allí confundió Jehová la lengua de toda la tierra.

Confundió el origen de los diversos idiomas, si queremos entender el relato en su expresión más literal y sencilla. También la cita es válida para los que atribuyen una intervención divina en las diferentes manifestaciones de la vida.

La Biblia, en general, es severa con la obra del hombre. La imagen humana no se puede erigir, el judío no puede exaltar la figura del hombre, para evitar la veneración de otro que no sea el Creador. La vida está concebida en términos de tránsito, con el peso de los mandamientos y la severidad de buscar a Dios en la tierra para encontrarlo en el cielo.

La Torre de Babel en la Biblia representa un símbolo extraño, que da mucho qué pensar. En la comunicación estriba la tragedia humana y el no entenderse es la esencia misma de los sentimientos más negativos y contraproducentes. La no comunicación puede pender de hablar diferentes lenguas. Si un español se encuentra con un chino y no hay un idioma común entre ellos, ni un intérprete que aclare lo que dice uno y contesta el otro, el español y el chino, a pesar de los esfuerzos que realicen con señas y con dibujos, acabarán sin conocerse ni entenderse.

Pero, la situación es obvia y de hecho comprensible. dos idiomas distintos no encuentran puntos comunes de comunicación. No hay tragedia en el suceso, es cosa natural.

La tragedia se da cuando el idioma es igual y esa igualdad de palabras, con sentidos, intenciones y significados entendidos, no produce la comunicación. El padre hablando español que no entiende al hijo que habla la misma lengua, porque los valores del lenguaje han cambiado de una generación a otra. Por ejemplo, el padre dice: yo quiero que seas un hombre de valía, trabajes y sigas el camino recto (para el padre ese camino es el reconocimiento social por medio de una posición válida dentro de la sociedad); y, el hijo, con distintos valores aplicados a las mismas palabras, desea ser un hombre de valía, en términos de autenticidad que le permitan existir en armonía consigo mismo (el trabajo regulado, la profesión comerciante, pueden no valer para él).

LA NO COMUNICACION

Indiscutiblemente, el castigo de Babel está más relacionado con esa disparidad de intenciones sobre un mismo lenguaje, pues la no comunicación de idiomas diferentes tiene caminos de entendimiento a través del aprendizaje de la lengua desconocida, de un diccionario o de un intérprete. El otro caso de incomunicación se remonta a la axiología misma, a lo que vale para mí y no tiene valor para el otro, a lo que significa para mí y no significa para usted, a lo que entraña esa vía de palabras que salen de uno y llegan a otro, a ese medio maravilloso que se llama diálogo y es lo más difícil de lograr, a pesar de los medios asombrosos de comunicación con que cuenta la humanidad hoy día. ¿Qué entiendo yo de lo que me dice usted? ¿Qué entendemos todos de lo que nos declaran públicamente? ¿Qué entiende usted de lo que se repite y repite?

Hay mucho de entendimiento común, una especie de patrimonio cultural sobre el que se debe hacer un esfuerzo enorme para actualizarlo y para sobrevivir en un nivel de erudición muy frágil. Hay una serie de señales que entendemos automáticamente, con disciplina obediente, y tienen prioridad al cumplimiento de preceptos morales. Ante la división de los sexos, para efectos de intimidades, entre "ladies" y "gentlemen", nadie se atreve a trasgredir fronteras. Frente a la luz roja un gesto automático se detiene en los frenos y la luz verde vierte de inmediato los pies sobre el acelerador. La cerca de púas avisa agresiva la propiedad de otro, y aunque no es señal tan respetada por la injusticia que muchas veces enseña, nos dice que el mundo es ancho y ajeno. Es curioso: señales sin palabras se atienden con más rigurosidad que leyes y moralidades, para enseñar que algo no rompió la torre de Babel, que existe una plataforma, quizás mínima, pero al fin algo, en que el entendimiento humano ha llegado a un común acuerdo.

Hacer una torre, "cuya cúspide llegue a los cielos" es un propósito insensato, sólo hombres muy necios podían proponerse tal disparate. Hacer una torre para acercarse al cielo, es una pretensión quijotesca, de idealismo contemplativo que no olvida la región terrestre en que se apoya. El cielo es la sombrilla enorme, con toda su simbología real de presagios.

UN NOMBRE

Pero, aquellos hombres de Babel querían algo más profundo y válido: hacerse un nombre para no ser dispersados sobre la faz de toda la tierra. Hacerse nombre es el anhelo de todos, el nombre, el renombre, la fama, el mito y la historia, ¡ qué cerca están de ese deseo! Hacerse un nombre es quedar en la memoria, es trascender la época y llegar al tiempo, es salvarse del olvido.

Y los hombres de Babel lograron su propósito, eso es lo más importante, esos hombres anónimos, sin nombre propio, se hicieron un nombre, un nombre famoso, aún cuando su fama no es buena. Representaron para siempre la ambición desmedida, la locura vana, la pretensión de competir con Dios.

Tal vez la fama sea injusta, pero lo cierto es que su obra ha pasado a significar la lucha salvaje por avanzar, a personificar el sacrificio de valores hacia la conquista del poder por el poder mismo, a simbolizar mejor que el tratado de El Príncipe que no importan los medios justificados en su injusticia circunstancial por un fin que es la ambición de las ambiciones.

Pero, la verdad es otra. Lograron el nombre los hombres de Babel para enseñarnos que la proliferación de las lenguas no entrañó la incompreensión de las palabras, porque estas caen en el vacío si no van cargadas de verdaderas intenciones, si no corresponden a los sentimientos y los sentimientos no se reflejan auténticamente en los mensajes, si no hay identidad entre lo que digo y soy, si el idioma es un ejercicio que empieza como una línea paralela, no igual, en que corre de un lado las palabras y de otro las acciones, hasta que el divorcio del paralelismo las dispara lejanas y ya no hay contacto entre las palabras y el ser humano que las dice.

El nombre que lograron los hombres de Babel es el de haber pronunciado muy cerca de la génesis universal, en otra génesis entrañada en la expresión misma, que la palabra y el hombre deben ser una sola cosa, para alcanzar la vida válida, la comunicación humana y el diálogo con Dios.